

LAS POLÍTICAS NEOLIBERALES Y LA CIUDAD EN AMÉRICA LATINA DESAFÍOS TEÓRICOS Y POLÍTICOS

**Pedro Pérez
María Carla Rodríguez
(compiladores)**



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

IIGG | **GINO**
GERMANI

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

El presente libro contiene una selección de los trabajos presentados en el V Seminario de la Red Latinoamericana de Investigadores sobre Teoría Urbana (RELATEUR), organizado conjuntamente con el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) y el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) (Buenos Aires, 27-30 de julio de 2021)

Pérez, Pedro

Las políticas neoliberales y la ciudad en América Latina :
desafíos teóricos y políticos / Pedro Pérez ; María Carla Rodríguez. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad de Buenos
Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA, 2022.

Libro digital, PDF - (Seminarios y jornadas)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-29-1946-1

1. Sociología Urbana. 2. América Latina. I. Rodríguez, María
Carla. II. Título.

CDD 307.76098

Otros descriptores asignados:

Teoría urbana crítica / Procesos urbanos latinoamericanos
/ Financiarización periférica / Urbanización bajo lógicas no
mercantiles / Epistemología y metodología de la investigación
urbana



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

IIGG | **GINO**
GERMANI

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Colección Seminarios y Jornadas

Martín Unzué - Director

Carolina De Volder - Coordinadora del Centro de Documentación e Información

Comité Académico del Instituto de Investigaciones Gino Germani

Rosana Abrutzky - Coordinación técnica

INVESTIGADORES

Titulares

Dr. Pablo Dalle (Director alterno)

Dra. Ana Clara Camarotti

Dra. María Carla Rodríguez

Dr. Jorge Daniel Castro Rubel

Suplentes

Dra. Analía Inés Meo

Dr. Marcelo Raffín

Dra. María Gabriela D'Odorico

Dr. Ricardo Jesús Laleff Ilieff

CLAUSTRO DE AUXILIARES

Titulares

Mag. Rosana Abrutzky

Suplentes

Mag. Vanina Inés Simone

CLAUSTRO DE BECARIOS

Titulares

Lic. María Victoria Imperatore

Lic. Martín Hernán Di Marco

Agustina Trajtemberg

Suplentes

Lic. Luca Zaidan

Lic. Mirna Lucaccini

Lic. Sebastián Lemos

Eduardo Rosende - Corrección de estilo y composición

Silvia Leone - Diseño de tapa

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

Pte. J.E. Uriburu 950, 6° piso (C1114AAB), Ciudad de Buenos Aires, Argentina

www.iigg.sociales.uba.ar

ISBN 978-950-29-1888-4



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercialCompartirIgual 4.0 Internacional

ÍNDICE

Introducción. Aportes desde América Latina para una comprensión crítica de los procesos urbanos latinoamericanos <i>María Carla Rodríguez y Pedro Pírez</i>	11
--	----

PARTE I

La reconfiguración de la urbanización en América Latina durante los años de hegemonía neoliberal

1. Perspectivas sobre los procesos del capital y sus efectos urbano-territoriales

Financeirização periférica, neoextrativismo e urbanização dependente na América Latina <i>Luiz Cesar de Queiroz Ribeiro y Nelson Diniz</i>	25
---	----

La financiarización de las infraestructuras y su impacto en la configuración del territorio <i>Alfonso Valenzuela Aguilera</i>	53
---	----

2. Algunas dimensiones particulares

Inflexão neoliberal, milícias e o controle dos territórios populares: desafios para a teoria urbana crítica na América Latina <i>Orlando Alves dos Santos Junior</i>	79
---	----

De antiguas periferias a áreas pericentrales: reconfiguraciones
socioterritoriales en las metrópolis de América Latina. El caso de
Restrepo y barrios aledaños en el pericentro sur de Bogotá
Thierry Lulle..... 103

Corredores urbanos terciarios: configuración socioterritorial
de la zona metropolitana de Cuernavaca, México
*Blanca Rebeca Ramírez, Carla Filipe Narciso, Lisett Márquez López
y Rafael Mora López* 137

El proceso de neoliberalización en la gestión urbana local
y la institucionalización de Convenios Urbanísticos.
¿De la mercantilización a la captura del marco regulatorio urbano?
Natalí Peresini..... 165

3. Aristas de la producción de la ciudad desde lógicas no mercantiles

La compleja relación de la urbanización popular
con la mercantilización capitalista
Pedro Pérez 195

Hacia una definición sociológica de la informalidad urbana
Julio A. Calderón Cockburn 213

La resolución de la necesidad de vivienda en la periferia histórica
del Gran Santiago
Paula Rodríguez Matta..... 231

Produção comum do espaço: a construção teórica
de uma alternativa
Renan dos Santos Sampaio 253

PARTE II

Reflexiones epistemológicas y metodológicas sobre la producción de objetos de conocimiento en la investigación urbana

División intelectual del trabajo: de la generación del conocimiento
al colonialismo académico
Blanca Rebeca Ramírez 281

Ideologías coloniales, narrativas y percepciones populares persistentes de otredad etno-racial en las cambiantes dinámicas de exclusión urbana. Debates y evidencia sobre México, Colombia, Chile y Argentina <i>Javier Ruiz-Tagle y Carolina Aguilera</i>	305
Circulación de ideas de planificación urbana y de políticas urbanas en América Latina <i>Guillermo Jajamovich, Camila Saraiva y Gabriel Silvestre</i>	331

Javier Ruiz-Tagle¹ y Carolina Aguilera²

**IDEOLOGÍAS COLONIALES, NARRATIVAS
Y PERCEPCIONES POPULARES
PERSISTENTES DE OTREDAD ETNO-
RACIAL EN LAS CAMBIANTES
DINÁMICAS DE EXCLUSIÓN URBANA.
DEBATES Y EVIDENCIA SOBRE MÉXICO,
COLOMBIA, CHILE Y ARGENTINA**

INTRODUCCIÓN: EL COLOR IMPORTA

Tal como en la mayor parte del mundo, la raza y la etnicidad en América Latina fue desarrollada a través de prácticas europeas de conversión de rasgos biológicos en significantes cruciales de diferencia durante el período colonial (Wade, 2010). La corona española mandató un sistema de castas que impulsó una separación entre españoles, indígenas, afrodescendientes y sus variadas mezclas, segregando así a la población en varias dimensiones de la vida social, incluyendo el ámbito residencial. Esta categorización etno-racial fue un principio organizador clave del imperio, utilizado como herramienta para el control social, para determinar derechos y para organizar ciudades. Incluyó aspectos raciales, como la ascendencia o el color, y aspectos étnicos, como el grado de aculturación respecto de la cultura española. Estos sistemas de estratificación se implementaron en conjunto con la emergencia de ideologías

1 Profesor asistente del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (IEUT), investigador asociado del Centro de Desarrollo Urbano Sustentable (CEDEUS), e investigador asociado del Centro de Estudios del Conflicto y la Cohesión Social (COES), todos en la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC). Javier agradece el financiamiento del proyecto Fondecyt 1201488, y los proyectos Fondap 15110020 (CEDEUS) y 15130009 (COES).

2 Investigadora adjunta del Centro de Estudios del Conflicto y la Cohesión Social (COES), y profesora instructora del Departamento de Sociología de la Universidad Diego Portales. Carolina agradece el financiamiento del proyecto Fondap 15130009 (COES).

que legitimaron la colonización (Wallerstein, 1991), luego reafirmadas con el llamado “racismo científico” de los siglos XVII y XVIII.

Las tres categorías iniciales (indígena, español-blanco y africano-negro) fueron luego complejizadas por el mestizaje y las etiquetas variaron en cada país. Pero independiente del grado de mezcla, una ideología general y persistente de blanqueamiento apuntó hacia la dominación blanca en la construcción de la mayor parte de las jerarquías sociales. Cada grupo racial tenía privilegios y restricciones, y hacia el final de la época colonial, había más de cien variaciones de mezcla (Benson, 2003). En efecto, investigaciones recientes (Gonzalbo, 2013) han demostrado que la clasificación era altamente fluida (con categorías que se superponían y/o cambiaban en el tiempo), permitiendo cierto grado de autoidentificación contingente por parte de los individuos (especialmente entre mestizos e indígenas). Este proceso estructural fue luego reinterpretado a través de la creación de una narrativa fundacional en el inicio de los nuevos Estados nacionales: el llamado “mito del mestizaje”. Durante la independencia, las élites políticas anunciaron el fin del sistema colonial de castas entre la población. Tratando de establecer un aspecto característico para cada uno de sus pueblos, varios académicos influyentes argumentaron a favor de una “nueva raza” —el mestizo— desde la mezcla entre colonizadores europeos y nativos americanos (Appelbaum et al., 2003). Sin embargo, las nuevas burocracias estatales continuaron operando ideológicamente bajo jerarquías del sistema racial y las élites se embarcaron en proyectos nacionalistas de blanqueamiento (Loveman, 2014).

El mito del mestizaje fue altamente influyente para la producción de las ciencias sociales latinoamericanas hasta tiempos recientes. El fuerte foco en aspectos de clase marcó un sesgo particular que oscureció o ignoró temas de raza y etnicidad, tanto en tiempos de las disputas sobre la marginalidad como en las aproximaciones neopositivistas actuales.³ La teoría de la marginalidad era una de las aproximaciones que lideraba el estudio de barrios pobres y segregados en áreas metropolitanas del continente entre los años cincuenta y los setenta. Abarcaba el trabajo de varios intelectuales (Aníbal Quijano, Gino Germani, Oscar Lewis y Roger Vekemans, entre otros) quienes, con diferentes matices, argumentaban que las sociedades latinoamericanas producían y reproducían espacios masivos caracterizados por personas que viven

3 Una excepción notable aquí es el trabajo de José Carlos Mariátegui, considerado el primer marxista latinoamericano, quien sostuvo que las masas indígenas eran el verdadero proletariado del continente. Otras excepciones a esta tendencia dominante están descritas en el libro editado de Kevin Young: *Making the revolution: Histories of the Latin American left* [Haciendo la Revolución: Historias de la izquierda latinoamericana].

en condiciones de extrema pobreza, no tienen empleo (o solo informalmente), no comparten los valores hegemónicos de la sociedad y están desconectados de la participación política (Cortés, 2017). Esta teoría también fue intelectualmente disputada (Delfino, 2012), dado que algunos explicaban la pobreza urbana en términos de retrasos culturales (teoría de la modernización) y otros en términos de una economía dependiente (teoría de la dependencia) (Cortés, 2017). Sin embargo, el tratamiento de los asuntos indígenas desde estas aproximaciones era fundamentalmente en términos de clase. Luego, una parte importante de la producción en ciencias sociales desde los años 1980 (bajo presiones neoliberales, vacío de perspectivas críticas y siguiendo influencias norteamericanas), exceptuando a Brasil y Colombia, ha mantenido este foco en la clase social. En términos de segregación residencial, la literatura dominante en los estudios urbanos ha sido ciega respecto de la discriminación y exclusión por color, considerando que esos patrones son exclusivos de los Estados Unidos. Por ejemplo:

... la segregación residencial de los grupos desaventajados (...) no se estructura, como ocurre en los Estados Unidos de América, en torno al factor racial. (Rodríguez, 2001: 35)

...[e]n América Latina, enfocamos nuestra atención en la segregación socioeconómica, (...) considerando que las distintas desigualdades sociales, de ingresos y rango o clase social, representan las características más distintivas de la estructura social en países latinoamericanos —más que la pobreza, en cualquier caso. (Sabatini, 2006: 7, traducción de los autores).

Sin embargo, América Latina ha experimentado un movimiento hacia el multiculturalismo en las últimas décadas (Bengoa, 2009). Movimientos sociales indígenas y académicos críticos han cuestionado el mestizaje (Appelbaum et al., 2003), abriendo espacio a cambios en las agendas de investigación bajo perspectivas multiculturales. Los imaginarios previos de homogeneidad racial han sido desafiados a través de políticas de visibilización de comunidades indígenas y afrodescendientes en la mayoría de los países. Más allá del alcance de las reformas particulares, hay cambios significativos respecto a cómo las sociedades entienden su composición etno-racial. Dentro de esto, los cambios en los censos han sido paradigmáticos (Loveman, 2014): en 1980 solo tres países (Cuba, Brasil y Guatemala) incluían una pregunta sobre raza, color o etnicidad, pero en 2010, dieciocho países lo hicieron. Y esto fue el resultado de varios procesos políticos y sociales, ocurriendo en arenas nacionales e internacionales, desde políticas internacionales hasta movimientos sociales indígenas y afrodescendientes (Loveman, 2014).

No obstante, los censos son armas de doble filo. Son cruciales para aplicar políticas focalizadas para grupos discriminados y segregados y, como mencionamos arriba, algunos grupos etno-raciales están crecientemente dirigiendo sus demandas hacia los censos nacionales para su propia visibilización. Pero sus problemas son mucho más antiguos. A pesar de la naturaleza cambiante del mestizaje, la documentación colonial empleaba categorías fijas de diferencia, con consecuencias legales y sociales. Las categorías etno-raciales fueron inscritas en censos oficiales y archivos eclesiásticos, describiendo el estándar socioeconómico de un individuo, sus patrones residenciales, sacramentos cristianos y aspectos similares. Dentro de todas las prácticas materiales y simbólicas del colonialismo de entonces, los censos podrían ser una de las tecnologías —socialmente inscritas— de control social más duraderas. Los censos pueden ser descritos como la expresión arquetípica de formas tanto culturales como biológicas de esencialismo racial: esto es, la creencia de que las diferencias entre grupos raciales están configuradas por “esencias” fijas y uniformes que definen la clasificación de cada grupo racial (Soylu-Yalcinkaya et al., 2017). En ese sentido, la descripción de la construcción social alrededor de cada censo es muy útil para obtener un retrato sintético de diferentes esencialismos, en diferentes momentos de la historia y en diferentes partes del continente. Y el estudio cuantitativo de la segregación residencial depende fuertemente de cómo los censos están construidos por cada sociedad.

Con esta aproximación en mente, este artículo tiene un objetivo doble. Primero, criticar la ignorancia y la negación de temas de raza y etnicidad dentro de los estudios sobre segregación residencial en América Latina. Y segundo, identificar las herencias y legados coloniales en los escasos análisis existentes sobre segregación residencial etno-racial. Así, concluimos incentivando una agenda de investigación que destierre las dimensiones etno-raciales de la segregación residencial, ojalá de un modo decolonial. Debido a la escasez de estudios existentes, preferimos cubrir un conjunto de casos (en vez de enfocarnos en solo uno), privilegiando así una perspectiva comparativa. Presentamos a continuación evidencia y debates sobre las dimensiones etno-raciales de la segregación residencial en cuatro casos: México, Colombia, Chile y Argentina. Estos países representan diferentes variaciones del mito del mestizaje, que van desde el excepcionalismo blanco a las naciones mestizas.

El alcance de este artículo se limita a una revisión de la construcción social de la cuestión racial y étnica en cada país, su influencia en la negación académica de estos factores en el estudio de la segregación residencial, así como de la evidencia existente sobre segregación y otras formas de exclusión urbana de grupos etno-raciales en algunas ciudades

y regiones. En ese sentido, nuestro énfasis está en las construcciones sociales, tratando de revelar la persistencia del colonialismo a través de categorías como el mito del mestizaje y el excepcionalismo blanco. En nuestra descripción sobre exclusión urbana, tratamos de ir más allá del mero despliegue de índices específicos de segregación, incluyendo el establecimiento histórico de grupos sociales en el espacio urbano (y su situación socioeconómica), el acceso a bienes públicos urbanos, su situación habitacional, la experiencia cotidiana de encuentros en el espacio público e incluso imaginarios simbólicos. Además, aunque no aplicamos completamente un marco decolonial en el análisis, al final del artículo proponemos algunos caminos decoloniales para superar las mencionadas construcciones sociales. Asimismo, reconocemos que las categorías de mestizaje y excepcionalismo blanco no necesariamente calzan en las realidades de otros países latinoamericanos como Brasil, Perú o las islas del Caribe.

1. LA SEGREGACIÓN ETNO-RACIAL Y SUS EXPRESIONES EN AMÉRICA LATINA

La segregación residencial ha existido desde que las ciudades fueron establecidas, y el prefijo de “étnica” o “racial” depende de construcciones sociales específicas. Las diferenciaciones raciales vienen de categorizaciones físicas impuestas externamente, mientras que las diferenciaciones étnicas son identidades ratificadas y expresadas colectivamente. Así, la “regla de una gota” en Estados Unidos y la identidad “palestina” de ciudadanos árabes de Israel son ejemplos de construcciones raciales y étnicas, respectivamente.

En la literatura histórica se han identificado cuatro formas claras de segregación residencial racial y étnica: guetos clásicos, híper-guetos, enclaves étnicos y barrios exclusivos de clase alta. El gueto clásico era un espacio delimitado donde un solo grupo etno-racial estigmatizado era encerrado involuntariamente y donde se creaban instituciones paralelas y relaciones económicas internas, debido sobre todo a su carácter multi-clase (Marcuse, 1997; Wacquant, 2012). Hay tres ejemplos históricos de esto: el gueto judío de la Europa renacentista, la inclusión de los burakumin al final de la era Tokugawa en Japón y los guetos afro-americanos del período industrial en Estados Unidos. Los híper-guetos (guetos-paria o guetos mono-clase) (Marcuse, 1997), representan una radicalización de los guetos clásicos debido a procesos de desindustrialización, despoblamiento, cercenamiento del Estado de Bienestar, abandono institucional, estigmatización territorial y represión policial (Wacquant, 2008), y su principal característica es la composición mono-clase de su población. Los ejemplos de esto son abundantes, desde los

actuales sectores sur y poniente de Chicago, las *banlieues* rojas de la periferia de París, hasta las favelas de las metrópolis brasileras.

El enclave étnico es un área donde una comunidad étnica específica desarrolla su propia identidad y actividad económica, lo cual puede incentivar algún grado de segregación voluntaria entre sus residentes, aunque bajo fuerzas persistentes de racismo estructural y discriminación étnica. Aquí, los ejemplos más comentados son los barrios judíos, barrios latinos y barrios chinos en ciudades del norte global, aunque la globalización ha expandido esto muy rápidamente al sur global. Finalmente, los barrios exclusivos de clase alta son áreas donde grupos étnicos, raciales y/o socioeconómicos privilegiados se separan a sí mismos del resto, usualmente con apoyo directo o indirecto del Estado. El ejemplo más conocido en la literatura son los suburbios blancos y comunidades cerradas, aunque cada país tiene su propia expresión de exclusividad territorial. La creación de estas cuatro formas espaciales está enraizada en las particularidades de la estratificación social —y el *ethos* cultural que emana de ella— de cada sociedad. Y esto depende de cómo la raza, la etnicidad y la clase han sido socialmente construidas, mezcladas y complejizadas en cada contexto histórico y político (Ruiz-Tagle, 2013).

Las ciudades latinoamericanas precoloniales no eran una excepción a la segregación residencial. Como en todas las ciudades de la antigüedad, las divisiones sacro-políticas eran la fuerza que estratificaba los asentamientos humanos. Luego, el colonialismo impuso un nuevo y severo orden urbano que concretó físicamente las opresiones sociales masivas que empezaron a ocurrir. En particular, la segregación residencial fue inicialmente mandatada desde el siglo XVI por decretos de la corona española que favorecieron la separación de indígenas y no-indígenas, en una política consistente de segregación (Mörner y Gibson, 1962). Durante el colonialismo y la esclavitud, los afrodescendientes sí tuvieron un espacio en los asentamientos de las plantaciones (y en otros ambientes de trabajo), pero una vez liberados fueron excluidos de las ciudades e incluso de regiones enteras. Y en muchos países, los mestizos no tuvieron reconocimiento legal después de la independencia, y consecuentemente, no tuvieron canales regulares para establecerse en las ciudades. Durante la independencia y hasta la primera mitad del siglo XX, la influencia de la eugenesia como “mejoramiento de la raza” a través de medidas de higiene y salud pública, dejó sus marcas en las fases tempranas de la planificación urbana moderna (Almandoz, 2002). Básicamente, esto se tradujo en planes urbanos que separaron a “los civilizados” de “los bárbaros” (De Ramón, 2007) y esto empezó a combinar las bases etno-raciales de la discriminación con distancias de clase. Durante el siglo XX, los mercados de la tierra y de la vivien-

da terminaron naturalizando y fusionando las diferencias étnicas y raciales en amplias separaciones de clase. Para muchos académicos y funcionarios públicos entonces, la segregación residencial fue producida básicamente por un problema de asequibilidad económica (o en el mejor de los casos por la economía política que lleva a ese problema), oscureciendo así un gran número de casos en donde categorizaciones externas (raza) y/o identidades colectivas (etnicidad) fueron influencias poderosas en el ordenamiento socioespacial de los asentamientos urbanos. Dentro de esta narrativa general, las historias y trayectorias de cada país y ciudad fueron diferentes. En las próximas secciones tratamos de profundizar en cuatro de esos contextos.

2. MÉXICO: LA DESCOLONIZACIÓN DE UNA NACIÓN MESTIZA

Se puede decir que la narrativa más poderosa del mito del mestizaje fue desarrollada en México, la cual emergió después de la revolución. La raza se volvió un constituyente de la nacionalidad, a tal punto que ser mexicano significaba ser mestizo (Loveman, 2014), diferenciándose de los blancos solo en términos culturales (Villarreal, 2010). Los mestizos eran ilustrados como los símbolos de identidad, futuro de la nación, como mejoramiento biológico y cultural de la raza mexicana, y su enaltecimiento funcionó como prueba de no discriminación contra los indígenas (Castellanos et al., 2009).

Algunos discursos científicos y seudocientíficos contribuyeron a la ilustración de los indígenas como culturalmente atrasados, conduciendo así las políticas sanitarias y sociales hacia el mejoramiento racial (Bashford y Levine, 2010). Sin embargo, la idea de una nación mestiza empezó a ganar prominencia cuando el censo de 1921, el primero después de la revolución, confirmó a los mestizos como la mayoría de la población, seguido de los indígenas y luego de los blancos (Loveman, 2014). En 1930, las categorías raciales fueron borradas del censo, justificado por la supuesta integración de indígenas en el trabajo y la política, su asimilación cultural y su participación en el mestizaje (Loveman, 2014). Aquellos cambios fueron apoyados por perspectivas antropológicas antirracistas que argumentaban que no se podían hacer distinciones raciales claras dentro de la población (Castellanos et al., 2009). Sesenta años después, sin embargo, el alzamiento zapatista influenció a los científicos sociales a una renovación en sus intereses en el racismo, con un impresionante crecimiento en número de publicaciones (Castellanos et al., 2009).

El mito del mestizaje tuvo la consecuencia de negar la contribución de los afrodescendientes (Hernández, 2004; Sue, 2013). Su invisibilidad puede ser explicada como un resultado de la condición colonial de esclavitud y de procesos de asimilación (Castellanos et al., 2009). Pero

las comunidades afrodescendientes se han organizado recientemente para visibilizar su existencia como un grupo distintivo y lograron, en 2015, la implementación de un inter-censo para ser contados oficialmente (INEGI, 2017). En aquel año, el 1,2% de la población total se autoidentificó como afromexicano, con cien municipios en donde esto fue más del 10%, y veintidós municipios donde esto fue más del 30% (INEGI, 2017). Aunque Ciudad de México, Baja California Sur y Nuevo León supuestamente no pertenecen a los asentamientos históricos de esta población, INEGI (2017) plantea que debido a la migración interna se han convertido en regiones significativas para la población afrodescendiente (entre 1.5 y 1.9%). No obstante, muchos afromexicanos se llaman a sí mismos “morenos”, por lo que las cifras podrían ser más altas (Gregorius, 2016). Además de esto, la mayoría de los afrodescendientes se identifican como indígenas y una parte significativa de ellos habla un idioma nativo (INEGI, 2017).

El racismo persiste en el lenguaje cotidiano de las escuelas, en los discursos políticos y en los medios de comunicación, reafirmando antiguas jerarquías raciales (Castellanos et al., 2009). Hoy en día, hay evidencia de un humor crecientemente racializado sobre afrodescendientes e indígenas (Sue y Golash-Boza, 2013), prejuicios contra personas de piel oscura, preferencias codificadas de empleo hacia pieles más claras, obstáculos familiares para la entrada de personas de piel oscura a través del matrimonio y afrodescendientes distanciándose a sí mismos de una identidad negra, entre otros problemas (Sue, 2013). Hay evidencia de indígenas urbanos trabajando en los puestos menos calificados y sufriendo discriminación laboral y desdén en sus lugares de trabajo, especialmente las mujeres (Castellanos et al., 2009). Además, una gran parte de la sociedad mexicana cree que los indígenas tienen limitaciones debido a su origen étnico, que deberían abandonar sus hábitos y que deberían vivir aparte (Castellanos et al., 2009). Y también hay racismo contra los afrodescendientes (Castellanos et al., 2009), con casos de amenazas de deportación a otros países, dado que la policía consideraba que no hay afrodescendientes en México, a pesar de tener DNI mexicano (Gregorius, 2016).

México amplió su población indígena en el censo de 2000 a través de la autoidentificación, como parte de los cambios hechos en los censos latinoamericanos de esa década, derivados de precedentes como la Convención 169 de la OIT: así, un 21,5% de la población se autoidentificó como indígena (INEGI, 2015). Los estudios de segregación etno-racial muestran que los indígenas siguen los patrones de los pobres informales, pero los niveles de concentración son más extremos para ellos, sus áreas están más hacinadas y su localización es más periférica (Monkkonen, 2012). Una fuerte correlación persiste

entre la raza y la clase social en la sociedad mexicana (Castellanos et al., 2009), incluyendo características lingüísticas y auto percepciones de etnicidad (Barbary, 2015).

La vida de los indígenas en ciudades del sur se caracteriza por una concentración en barrios marginales, con algunas redes de apoyo mutuo y en un entorno hostil marcado por estigmas históricos (París, 2003). En aquellas ciudades, los indígenas son vistos como extranjeros, residentes ilegítimos e incluso como invasores o apropiadores, especialmente en la ciudad de San Cristóbal de las Casas (París, 2003). Los indígenas y mestizos sí coexisten en los espacios públicos, pero sus intercambios están mediados por el prejuicio, lo cual refuerza su discriminación (París, 2003). En el área metropolitana de Pachuca, hubo un aumento en la segregación étnica entre 2000 y 2010, con indígenas concentrándose en una pequeña escala y coincidiendo con áreas históricamente marginalizadas o áreas en reestructuración (Linares y Ramírez, 2014).

En una escala regional, los patrones de segregación de los indígenas están fuertemente relacionados con la estratificación socioeconómica del territorio. Chiapas, Oaxaca y Guerrero son áreas donde la pobreza está altamente concentrada (Barbary, 2015) y una gran mayoría de los hogares sufre de inseguridad económica y exclusión en el acceso a servicios públicos, incluyendo agua, electricidad, alcantarillado, educación y salud. El aislamiento geográfico y comunicacional de las comunidades indígenas ha implicado una exclusión del resto de los mejoramientos sociales y económicos de México. Además, la emigración hacia Estados Unidos y Canadá también ha tenido un efecto perjudicial en las comunidades rurales, especialmente en las indígenas (Castellanos et al., 2009).

Respecto de los afrodescendientes, el inter-censo de 2015 describe sus bajos niveles de vida y condiciones habitacionales. En estándares nacionales, su participación en el mercado laboral, sus niveles de educación y su condición de *ni-ni*⁴ para los jóvenes, es la peor (INEGI, 2017). En los municipios en donde se concentran, la mayoría de los afrodescendientes trabajan en actividades económicas rurales (agricultura, ganadería, silvicultura, caza y pesca). No pudimos encontrar estudios sobre la relación entre estas cifras y la segregación residencial.

3. DEL MESTIZAJE AL MULTICULTURALISMO EN COLOMBIA

Los esclavos africanos fueron traídos a Colombia en grandes números desde el siglo XVI, para reemplazar a una población indígena decreciente y para trabajar en minería, agricultura, manufactura textil y servicio doméstico. Algunos afrodescendientes vivían en pueblos libres llamados palenques, donde vivían como cimarrones (esclavos fugi-

4 No estudia ni trabaja.

tivos). Los esclavos africanos lucharon por la independencia con la promesa de una libertad absoluta, siendo cerca del 60% del ejército de Simón Bolívar (De Roux, 2011). Sin embargo, el mito del mestizaje en Colombia solo incluyó a indígenas y españoles en la composición del país (Paschel, 2013).

La abolición de la esclavitud ocurrió en 1851, pero las leyes colombianas sólo reconocieron el estatus de los indígenas (Cunin, 2004). Los antiguos esclavos fueron considerados nuevos ciudadanos, pero sin derechos y oportunidades igualitarias, sin tierra ni vivienda y sin acceso a la educación y la participación política (De Roux, 2011). En ese contexto, la mayoría de los afrodescendientes se mudó a regiones relativamente aisladas, como la región del Pacífico, el norte del Cauca, la Patía y otras (De Roux, 2011), estableciéndose como campesinado libre y reafirmando su identidad racial. Esta segregación regional histórica tuvo a los indígenas y los mestizos ocupando el altiplano andino y a los afrodescendientes en las tierras bajas y en la costa (Williams, 2013). La penetración de actividades ilegales trajo el conflicto armado a la anteriormente tranquila región del Pacífico desde los años 1990 (De Roux, 2011; Williams, 2013). La región y su infraestructura completa empezó a ser disputada, lo cual llevó a un desplazamiento forzoso y masivo de comunidades afrodescendientes (Restrepo y Rojas, 2004). El número de afrocolombianos desplazados aumentó tres veces durante la década de 1990, totalizando 2.2 millones desde 1985 a 2000 (Esco-bar, 2004). La población desplazada llegó a las ciudades abandonada y sin esperanza, lo cual afectó sus luchas por derechos territoriales y culturales (Restrepo y Rojas, 2004), sufriendo una inclusión forzosa en la modernidad capitalista y nuevos encuentros y negociaciones de espacio y raza (Williams, 2013). Debido a su proximidad a la región del Pacífico, Cali y Medellín han concentrado históricamente más afrodescendientes, pero desde los años noventa Bogotá ha crecido como un nuevo destino para ellos (Villamizar, 2015).

Las categorías raciales fueron incluidas en el censo de 1990 (Loveman, 2014). Más tarde, la nueva constitución de 1991 y la Ley de Negritudes que mandató, les dieron a los afrodescendientes derechos colectivos de tierras, desarrollo étnico y participación política, mandataron el estudio de la herencia afrocolombiana en las escuelas y designaron escaños especiales de representación (Cunin, 2004; Esco-bar, 2004; Loveman, 2014; Paschel, 2013). Ambos cuerpos legislativos proporcionaron una apertura política crítica, con un reconocimiento de la diferencia, la cultura y la identidad étnica, en vez de la igualdad racial, como ha sido tradicionalmente el caso en Brasil y en Estados Unidos (Paschel, 2010). Esto ha llevado a un creciente orgullo y auto-identificación etno-racial en los últimos veinte años (Loveman, 2014),

aunque los indígenas viviendo en zonas urbanas no han seguido un patrón similar de política identitaria. De acuerdo con cifras oficiales, un 10,6% de la población se autoidentifica como negro o afrocolombiano y un 3,4% como indígena (Hernández, 2005). Sin embargo, el número de afrodescendientes es altamente cuestionable debido a la connotación aún peyorativa del término “negro” (De Roux, 2011). La actual situación de los afrocolombianos es muy desaventajada: tienen los peores ingresos, escaso acceso a la salud, educación y servicios sociales y altos niveles de mortalidad infantil y materna (Paschel, 2010; Villamizar, 2015; Vivas, 2013).

La segregación etno-racial en Colombia es mayoritariamente regional: el 90% de la población de la región del Pacífico es afrodescendiente (Paschel, 2010). Sin embargo, alrededor del 70% de los afrodescendientes vive en ciudades, con una importante presencia en Cali, Cartagena, Buenaventura y Medellín (Agudelo, 2004; Barbary, 2004; De Roux, 2011) y recientemente en Bogotá. Cali tiene patrones persistentes de alta segregación y acceso desigual a varios servicios (Vivas, 2013). Los afrodescendientes, indígenas y mestizos están concentrados en las áreas más pobres, con imágenes excluyentes de otredad y color de piel. Hay reportes de abuso y violencia policial, desempleo, agresiones verbales, discriminación en el transporte público y percepciones de inseguridad (Urrea y Quintín, 2000). Los espacios de concentración negro-mulatos son llamados “guetos” (Urrea y Quintín, 2000), capturando así la falta de movilidad e integración social de los afrodescendientes. Respecto de los indígenas, el 21,4% de ellos vive en ciudades, pero sus dinámicas de segregación han sido mucho menos estudiadas (Paz, 2012).

Bogotá, Medellín, Soacha y Barranquilla también presentan altos niveles de segregación racial, y los afrocolombianos sufren de racismo y discriminación a su llegada y cuando tratan de buscar vivienda (Villamizar, 2015). En Bogotá, las agrupaciones de afrodescendientes en el sur, norponiente y centro de la ciudad presentan altas tasas de vulnerabilidad en comparación con los mestizos (Villamizar, 2015). Las identidades actuales de los afrodescendientes giran en torno a los estereotipos persistentes, el molde indígena de la Constitución de 1991, y la homogenización de las etnicidades afro bajo la insignia única de “Comunidades Negras” (Restrepo y Rojas, 2004). La posición desaventajada de los afrodescendientes se relaciona con procesos de largo plazo que vinculan las desigualdades regionales con la composición racialmente jerarquizada de las clases sociales (Barbary, 2004).

Los pueblos indígenas tienden a concentrarse en regiones orientales, donde representan entre un 22% y un 61% de la población, mientras que en algunas regiones centrales están casi ausentes (DANE, 2005). Aquellos que viven en el campo tienen programas de educación bi-

lingüe, y tierras colectivas y autogobernadas que representan casi un tercio del territorio colombiano (Cunin, 2004), pero su relación con los campesinos está marcada por el aislamiento político (Bocarejo, 2012). No pudimos encontrar estudios de sus patrones de segregación urbana.

4. VIEJAS Y NUEVAS POLÍTICAS RACIALES EN CHILE

En Chile, el mito del mestizaje tomó la forma de un imaginario nacional blanco, por una supuesta exterminación (excepto en regiones del sur) de poblaciones indígenas y un bajo porcentaje de afrodescendientes. El aparato cultural creó la imagen de una raza excepcional y privilegiada, el mestizo chileno, como una síntesis de dos razas patriarcales y guerreras (inmigrantes suecos llegados a España y araucanos, o mapuches), la cual era más blanca que en otros países. Esta nueva raza se volvió parte de un proyecto de modernización, un símbolo de ideología nacionalista y una fuente de cultura popular (Gutiérrez, 2010; Subercaseaux, 2007).

Los indígenas mapuches fueron capaces de resistir la invasión española y fueron inicialmente enaltecidos como guerreros y luchadores por los nuevos chilenos independientes. Sin embargo, fueron luego discriminados y tratados como incivilizados y relegados a pequeños territorios (Richards, 2016). Los derechos de ciudadanía para los mapuches fueron entregados después de la independencia al sur del río Bío-Bío, donde permanecieron como independientes del Estado chileno hasta el final del siglo XIX. No obstante, esta división reforzó la construcción identitaria binaria entre blancos y no-blancos, y los excluyó del proyecto nacional y de los ideales políticos, científicos y académicos de superioridad europea. Así, el término “indio” fue reservado a personas viviendo en zonas australes y denotaba rasgos de violencia, pobreza, rebeldía, falta de historia, etc. (Waldman, 2004). El censo de 1813 incluyó una pregunta sobre los orígenes, separando categorías entre “españoles y extranjeros europeos” por un lado, y “casta” por el otro. Sin embargo, esa pregunta fue cancelada y los indígenas fueron contados separadamente. Además, los funcionarios públicos creían que las preguntas sobre religión o lenguaje eran irrelevantes (Loveman, 2014) y que había una única raza, con iguales derechos y deberes (Estefane, 2004: 57).

El racismo creció aferrado a la formación del Estado Nación, incluyendo la irrupción militar sobre tierras mapuches, las cuales pasaron a manos de chilenos y colonizadores extranjeros (Waldman, 2004). Durante las décadas de 1920 y 1930, el sistema político chileno buscó la integración de los mapuches, proveyendo caminos y escuelas rurales. Durante la primera mitad del siglo XX, Chile continuó sustentando su homogeneidad etno-racial y, en tal sentido, no incluyó ninguna categoría racial en el censo (Loveman, 2014), por lo que los indígenas eran

aún contados separadamente. Los movimientos sociales privilegiaron ideologías de clase por sobre el contenido étnico y el multiculturalismo privilegió la redistribución por sobre el reconocimiento, aunque solo con políticas paliativas (Richards, 2016). Durante el gobierno de Allende (1970-1973), los pueblos indígenas fueron reconocidos como individuos cuya cultura se diferenciaba de la mayoría del país, aunque la izquierda política nunca separó la cuestión indígena de la cuestión rural. Luego, la dictadura militar prohibió las organizaciones mapuches y muchos miembros fueron detenidos y desaparecidos, y una nueva legislación permitió la propiedad individual de tierras mapuches, para convertirlos en pequeños agricultores. Desde los años 1990 en adelante, un nuevo movimiento indígena empezó a surgir (Bengoa, 2009) y hubo una nueva Ley Indígena para proteger las tierras mapuches y para incentivarlos a entrar en el sistema político. Sin embargo, su acceso a los recursos naturales no fue garantizado, su voz en las decisiones sobre nuevas represas hidroeléctricas no fue tomada en cuenta, y su inserción en la industria agroforestal fue altamente desaventajada (Waldman, 2004).

Aunque la esclavitud fue abolida en 1811, los afrodescendientes desaparecieron de las estadísticas oficiales y la mayoría de ellos fueron forzados a emigrar hacia Perú (Campos, 2017; Oro Negro, 2001). Los pocos que permanecieron fueron “blanqueados” y “diluidos” por prácticas de mestizaje. Antes del censo de 2012, hubo una movilización de comunidades afrodescendientes para su inclusión y visibilidad, pero su único logro fue que los funcionarios del censo fueran capacitados para escribir “afrodescendiente” en la celda asignada para “otro”. En 2017, el censo fue repetido de manera abreviada, pero no hubo tal capacitación. La única pregunta étnica es aún sobre autoidentificación indígena. Hoy en día, el racismo contra los nativos está siendo reconocido más abiertamente y muchas comunidades mapuches están ahora involucradas en protestas y luchas contra intereses privados y estatales en sus territorios rurales.

En el área metropolitana de Santiago, los mapuches autoidentificados son el 4,58% de la población, casi el mismo número absoluto que en la región de la Araucanía, donde han vivido históricamente. Los mapuches que llegaron a Santiago durante el siglo XX fueron forzados a la asimilación en la periferia segregada, sin establecer enclaves étnicos. Pero como parte de un nuevo momento de la política identitaria mapuche, hay algún grado de segregación voluntaria en algunos distritos, lo cual ha llevado a una emergencia cultural (Fontana y Caulkins, 2016) y a una etnificación de la demanda por vivienda (Imilan, 2017). Así, más allá de la discriminación y la inclusión, la identidad y la cultura mapuche ha sido de alguna manera preservada y fortalecida (Gissi, 2004).

El número de inmigrantes latinoamericanos ha crecido de 0,81% en 1992 a 7.0% en 2019, con un enorme incremento en los últimos diez años. Peruanos, bolivianos y argentinos eran la mayoría hasta los 2000, pero los venezolanos, haitianos y colombianos han crecido de manera exponencial en los últimos siete años. La mayoría de los inmigrantes sufre de explotación y exclusión como trabajadores, especialmente los afrodescendientes. Viven temerosos de su representación en los medios de comunicación, del maltrato desde los chilenos y de la experiencia de ser “el otro” en la ciudad (Margarit y Bijit, 2014; Tijoux, 2013). Los inmigrantes de bajos ingresos se concentran en áreas centrales y peri-centrales de las grandes ciudades y están relegados a un parque residencial informal, ilegal y racista (Contreras et al., 2015). En ciudades como Santiago y Antofagasta sufren de intensa rotación, degradación y desinversión, lo cual favorece los mercados ilegales (Contreras et al., 2015; Margarit y Bijit, 2014). Además, los inmigrantes viven en condiciones altamente hacinadas y muchos de ellos están establecidos en nuevos asentamientos informales (Stang y Stefoni, 2016).

5. EXCEPCIONALISMO BLANCO EN ARGENTINA

La autoimagen de los argentinos como nación blanca de descendientes europeos es el legado de campañas político-intelectuales de blanqueamiento, exterminación de nativos y programas de inmigración selectiva (Ko, 2014), apoyando la relación entre raza, cultura y progreso (Courtis et al., 2009). Así, el excepcionalismo blanco significa que los argentinos se consideran a sí mismos étnica y racialmente diferentes del resto de América Latina, con una preferencia categórica por todo lo que viene de Europa y un particular desdén hacia el mestizaje (Ko, 2014). Hacia finales del siglo XIX, los pueblos indígenas fueron geográfica y políticamente fragmentados, entre “zonas civilizadas” y territorios bajo el dominio indígena (Courtis et al., 2009). Las campañas militares del final del siglo XIX y comienzos del XX abrieron esos territorios para la agricultura blanca y los nativos fueron incorporados a la fuerza de trabajo (Courtis et al., 2009). Al mismo tiempo, los reportes censales insistían en el declive de la población indígena y su dilución dentro de la masa general (Loveman, 2014).

También construyeron una creencia de que Argentina no tenía afrodescendientes (Jensen, 2013). Su presencia fue borrada de los registros y de la conciencia, a pesar de la evidencia de cientos de miles de africanos llegando a Argentina durante el colonialismo (Ghosh, 2013). De hecho, los esclavos africanos fueron más de un tercio de la población de Buenos Aires a comienzos del siglo XIX (Ghosh, 2013). Después de la independencia, la población afrodescendiente de hecho disminuyó, debido a su inclusión en las fuerzas armadas para la sangrienta guerra

contra Paraguay a mediados del siglo XIX, la fiebre amarilla en Buenos Aires en 1871 (Ghosh, 2013) y la migración de algunos a Brasil y Uruguay, países que fueron algo menos hostiles para ellos (Ghosh, 2013). Además, su legado fue también reprimido y distorsionado por un imaginario hegemónico (Solomianski, 2015). En este contexto, Argentina nunca incluyó una pregunta en su censo para capturar la raza o el color después de la independencia, y los funcionarios públicos en 1865 creían que los argentinos eran completamente blancos (Loveman, 2014).

Durante el siglo XX, ningún censo incluyó una pregunta por la raza o la etnicidad, con la excepción de un censo especial sobre pueblos indígenas en 1960 (Loveman, 2014). Durante las décadas de 1940 y 1950, Buenos Aires sufrió una fuerte migración interna debido al peronismo y la industrialización, lo cual reforzó la discriminación hacia los indígenas. Nuevos apelativos socioétnicos aparecieron entonces, como “cabecita negra” y “descamisados”, y antiguos apelativos fueron resignificados, como “criollo” e incluso “argentino” (Grimson, 2008; 2016). Aún hoy día, los individuos de clase trabajadora son racializados como “negros”. La opinión pública considera que las villas miseria están pobladas de personas de piel oscura, ya sean locales o de países vecinos (Ko, 2014). Los extranjeros latinoamericanos son tratados como una raza diferente: bolivianos y paraguayos son llamados “bolita” y “boliguayos” (Kaminker, 2015; Ko, 2014).

Sin embargo, el clima intelectual de la última parte del siglo XX contribuyó a la expansión de los estudios sobre la herencia afroargentina e indígena (Solomianski, 2015) y varios cambios recientes se han hecho en esa dirección, sugiriendo un proceso que avanza hacia la interculturalidad (Grabner, 2012). Los pueblos indígenas fueron reconocidos constitucionalmente en 1994 y su autonomía fue otorgada en 2000. El censo del bicentenario (2010) incluyó las categorías de afrodescendientes e indígenas por primera vez desde 1887, incluyendo una campaña de sensibilización racial que demostró la existencia de afroargentinos (Jensen, 2013; Ko, 2014). Este censo reportó la existencia de 4,5% de inmigrantes (la mayoría de Sudamérica), 0,4% de afrodescendientes y 2,4% de indígenas. La inclusión de categorías etno-raciales estuvo rodeada de negociaciones y disputas entre diferentes actores, en un contexto de internacionalización de los movimientos afrodescendientes en la década previa y una conferencia contra el racismo organizada por las Naciones Unidas (López, 2006). Además, los nuevos textos escolares habían empezado a incluir la historia de los pueblos indígenas y afrodescendientes (Ko, 2014).

No obstante, siempre ha habido resistencia desde sectores conservadores y desde la inercia social (Ko, 2014). Así, las diferencias de alguna manera pasaron desde la invisibilidad a la híper-visibilidad

(Kaminker, 2015). Hay discursos racistas contra los indígenas en las escuelas, en el parlamento y en los discursos cotidianos contra inmigrantes latinoamericanos (Courtis et al., 2009). Los mapuches, también establecidos en el sur de Argentina, son considerados una minoría étnica excluida que vive bajo una dominación lingüística y cultural, y así algunos movimientos emancipatorios han surgido para la reparación histórica y para la aplicación de acuerdos internacionales (Vázquez, 2002). Los inmigrantes de Bolivia, Paraguay y Perú son la mayoría de la fuerza de trabajo de bajos ingresos y son discriminados debido a sus rasgos indígenas. Así, las actuales olas migratorias han concentrado las agendas gubernamentales y de las ciencias sociales sobre la raza (Kaminker, 2015).

Los pocos estudios sobre segregación etno-racial muestran dinámicas socioeconómicas que se mezclan con el racismo (Kaminker, 2015; Segura, 2012), desde la racialización de las villas miseria (Margulis, 1997) a la formación de agrupaciones de nacionalidad, con conflictos alrededor de la construcción, uso y disposición del espacio urbano (Kaminker, 2015). En la ciudad de Rosario, por ejemplo, hay una concentración de afroargentinos en una zona portuaria desde finales del siglo XIX, los cuales son estigmatizados como atrasados, y se han vuelto más visibles debido a los rápidos cambios en el área (Broguet, 2016). En Mar del Plata, los inmigrantes de países no vecinos se localizan en áreas centrales, y los inmigrantes de países vecinos se concentran en localidades menores y en asentamientos dispersos de áreas rurales (Lucero, 2003). Y en Buenos Aires hay altas tasas de segregación de inmigrantes paraguayos y bolivianos (Mera, 2014).

CONCLUSIONES

Hay varias versiones del mito del mestizaje. En Argentina y Chile, esto fue pensado para el blanqueamiento. En Colombia y México, el mestizaje representa a una población mixta donde la ascendencia indígena era reconocidamente significativa, pero sin embargo fue desapareciendo en el tiempo. En todos los países, excepto Colombia, los afrodescendientes fueron invisibilizados hasta hace muy poco. La durabilidad del mito ha llevado a una amplia negación de la discriminación racial en América Latina, en donde se enaltecen las virtudes del mestizaje con orgullo nacionalista, especialmente cuando se compara con la estricta segregación y la falta de mezcla racial de Estados Unidos (Dulitzky, 2005).

Respecto de la autoimagen nacional, tanto en Chile como en Argentina la mayoría de la población se considera a sí misma más blanca que otros países latinoamericanos. Y en los cuatro casos, las élites son casi exclusivamente blancas y viven en barrios altamente segregados y exclusivos. En términos de negritud, Chile, Argentina y México han

negado su historia de afrodescendientes y han empezado a reconocerla solo recientemente. En Colombia, la afrodescendencia es discriminada por la mayoría y, a pesar de sentimientos crecientes de orgullo y conciencia, aún es asumida con vergüenza por un importante número de afrocolombianos. Respecto de la actitud hacia los mestizos, son discriminados en Argentina, considerados el promedio o la mayoría en Chile y Colombia (aunque no la élite) y son culturalmente enaltecidos en México. Y solo últimamente, hay una lenta pero creciente tendencia de autoidentificación etno-racial. Esto ocurre con el legado indígena en las clases populares de México, con la afrodescendencia en Colombia, con incipientes procesos político-culturales hacia la interculturalidad en Argentina, y con la segregación medianamente voluntaria y el surgimiento cultural del indigenismo en Chile. De hecho, desde el “estallido social” de Chile de 2019, millones de personas han estado marchando con solo dos banderas: la chilena y la mapuche.

Aunque la construcción etno-racial histórica fue diferente en cada país, la dominación y los privilegios son resultados comunes. Hay patrones persistentes de segregación etno-racial en América Latina, junto con la segregación de clases, como una supervivencia de las ideologías coloniales y de construcción de Estados Nación. Esto se expresa en diferentes escalas, debido a patrones de asentamiento de largo plazo y migraciones internas y externas, y dentro de contextos rurales y urbanos, vinculado a estrategias de migración de los recién llegados y al racismo contra las personas con rasgos no blancos. En los cuatro países mencionados, las prácticas de resistencia y de integración a los mercados laborales por parte de migrantes internos y de países latinoamericanos tienden a definir puntos de barrios racializados tanto en áreas centrales, o en barrios pobres del peri-centro o la periferia (muchos de ellos informales). Así, hay fuerte evidencia sobre la interseccionalidad entre etnicidad, raza y clase social.

Un marco decolonial, siguiendo el concepto de “colonialidad del poder” (Quijano, 2000), nos permite comprender las bases estructurales de esta relación. Esta idea afirma que las construcciones nacionales culturales (por ejemplo, el mito del mestizaje) sostienen y reproducen un orden capitalista global e influyen en relaciones locales fuertes entre jerarquías etno-raciales y socioeconómicas. La sociedad general asume que los mestizos, afrodescendientes e indígenas son individuos de bajo valor, de los cuales se puede abusar en términos económicos, sociales y culturales, lo que a su vez justifica maltratos interpersonales, bajos salarios y barrios más pobres. Siguiendo aquellas perspectivas, podemos entender cómo las variantes del mito del mestizaje esconden diferencias etno-raciales bajo el supuesto predominio de la segregación residencial socioeconómica. En este respecto, aunque presentamos

estudios sobre Colombia y México que muestran evidencia de cierta “porosidad” en áreas de altos ingresos hacia los afrodescendientes y los indígenas, estos son solo excepciones. Como reflexiona Wade (2013): “Las ideologías y prácticas latinoamericanas de mestizaje contienen dentro de sí la dinámica de la igualdad y la diferencia y de la democracia racial y el racismo al mismo tiempo” (p. 45). Esto significa que la dimensión etno-racial de la segregación no establece una jerarquía social aislada, debido a que está fuertemente interconectada con líneas de diferencia socioeconómicas y de género.

Una parte importante de la evidencia presentada arriba se apoya en datos censales, lo que enfatiza la mencionada contradicción sobre el uso del censo: son usados para propósitos de visibilización, pero, antes que nada, son herramientas para clasificaciones esencialistas heredadas de tecnologías coloniales de control social. En algún sentido entonces, estamos atrapados en una paradoja decolonial, tratando de visibilizar la variedad de nuestras diferencias, pero usando las mismas tecnologías que silenciaron esas diferencias. Todos los censos se apoyan en la autoidentificación como medio para la clasificación étnica y racial. Aunque no hay imposiciones externas, las categorías ofrecidas son siempre prefijadas y reducidas, no solo en aras de la parsimonia estadística, sino debido a un profundo y arraigado proceso de producir esencias y separar grupos discretos. Así como el censo de Estados Unidos dejó de contar a los mulatos en 1930 y adoptó la “regla de una gota” (separando blancos y negros), varios otros países latinoamericanos han adoptado medidas políticas para separar y clasificar artificialmente a su población a lo largo de líneas etno-raciales, lo cual a menudo ha tenido consecuencias espaciales. Dos procesos son extremadamente útiles para ver esta influencia: las leyes y el espacio. Lefebvre (1991) sostenía que las relaciones sociales necesitan factores que las fijen para poder permanecer en el tiempo y, así, tanto la promulgación de leyes (por ejemplo, la legislación del *apartheid*) como la producción del espacio (por ejemplo, la segregación residencial) convierten las dinámicas sociales en una realidad concreta: una realidad que termina siendo mucho más difícil de transformar.⁵ A pesar del incipiente surgimiento del multiculturalismo en América Latina, la persistencia de ciudades y regiones segregadas en términos étnicos y raciales pondrá un pesado freno a cualquier transformación rápida.

Sostenemos aquí que una perspectiva decolonial para el estudio de aspectos de raza, etnicidad y clase social de la exclusión urbana debería considerar al menos cuatro factores. Primero, el uso de categorías de análisis fluidas e históricamente construidas. Segundo, una posiciona-

5 Sobre esto, ver también Blandy y Sibley (2010); Butler (2009); Harvey (1973).

lidad relativa e interseccional de la clase social, la raza y la etnicidad, lo cual complejiza cualquier análisis estricto de categorías fijas. Tercero, un reconocimiento de las autoidentificaciones etno-raciales, aunque considerando que éstas rara vez calzan con las categorizaciones externas, y que ambas sirven intereses distintos: la primera para demandas de reconocimiento y la segunda para la dominación social. Y cuarto, un reconocimiento de las concepciones locales sobre el espacio y las prácticas de exclusión urbana, diferente a lo que el Estado y la tradición académica imponen en el estudio de la segregación residencial y sus problemas relacionados. Todo esto llama a un esfuerzo desde la academia, tanto en términos de contenido sociohistórico como de heterodoxia metodológica. Y creemos que, bajo la corriente actual de movimientos sociales en el continente, se están construyendo nuevos espacios de investigación para la descolonización de la investigación urbana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agudelo, Carlos (2004). No todos vienen del río: construcción de identidades negras urbanas y movilización política en Colombia. En Eduardo Restrepo y Axel Rojas (Eds.), *Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia* (pp. 173-194). Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Almandoz, Arturo (2002). *Planning Latin America's capital cities, 1850-1950*. Londres: Routledge.
- Appelbaum, Nancy; Macpherson, Anne y Roseblatt, Karin (2003). *Race and Nation in Modern Latin America*. The University of North Carolina Press.
- Barbary, Olivier (2004). El componente socio-racial de la segregación residencial en Cali. En Olivier Barbary y Fernando Urrea (Eds.), *Gente negra en Colombia: Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico* (pp. 157-194). Medellín: Editorial Lealón/CIDSE/Univalle-IRD-Colciencias.
- Barbary, Olivier (2015). Social inequalities and indigenous populations in Mexico: A plural approach. En Patrick Simon, Victor Piché y Amélie Gagnon (Eds.), *Social statistics and ethnic diversity* (pp. 209-228). Nueva York: Springer.
- Bashford, Alison y Levine, Philippa (2010). *The Oxford Handbook of the History of Eugenics*. Oxford University Press.
- Bengoa, José (2009). ¿Una segunda etapa de la Emergencia Indígena en América Latina? *Cuadernos de Antropología Social*, 29 (1), 7-22.

- Benson, Sonia (2003). *The Hispanic American Almanac: A Reference Work on Hispanics in the United States (third edition)*. Detroit: Thompson Gale.
- Blandy, Sarah y Sibley, David (2010). Law, boundaries and the production of space. *Social & Legal Studies*, 19 (3), 275-284.
- Bocarejo, Diana (2012). Emancipation or enclosure? The spatialization of difference and urban ethnic contestation in Colombia. *Antipode*, 44 (3), 663-683.
- Broguet, Julia (2016). "Lo negro en algún lado está...": orden espacial-racial y candombe afrouruuguayo en el barrio Refinería (Rosario, Argentina). *Revista Colombiana de Antropología*, 52 (1), 197-222.
- Butler, Chris (2009). Critical legal studies and the politics of space. *Social & Legal Studies*, 18 (3), 313-332.
- Campos, Luis (2017). Los negros no cuentan. Acerca de las demandas de reconocimiento de los afrodescendientes en Chile y la exclusión pigmentocrática. *Antropologías del Sur*, 4 (8), 15-31.
- Castellanos, Alicia; Gómez, Jorge y Pineda, Francisco (2009). Racist discourse in Mexico. En Teun Van Dijk (Ed.), *Racism and discourse in Latin America* (pp. 217-258). Lanham, Maryland: Lexington Books.
- Contreras, Yasna; Ala-Louko, Veera y Labbé, Grisel (2015). Acceso exclusionario y racista a la vivienda formal e informal en las áreas centrales de Santiago e Iquique. *Polis*, 14 (42), 53-78.
- Cortés, Alexis (2017). Aníbal Quijano: Marginalidad y urbanización dependiente en América Latina. *Polis*, 16 (46), 221-238.
- Courtis, Corina; Pacecca, María I.; Lenton, Diana; Belvedere, Carlos; Caggiano, Sergio; Casaravilla, Diego y Halpern, Gerardo (2009). Racism and discourse: A portrait of the Argentine situation. En Teun Van Dijk (Ed.), *Racism and discourse in Latin America* (pp. 13-56). Lanham, Maryland: Lexington Books.
- Cunin, Elisabeth (2004). De la esclavitud al multiculturalismo: el antropólogo entre identidad rechazada e identidad instrumentalizada. En Eduardo Restrepo y Axel Rojas (Eds.), *Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia* (pp. 141-156). Popayán: Universidad del Cauca.
- DANE (2005). *Mapa de población indígena, rom y afrocolombiana*. DANE, Departamento Administrativo Nacional de Estadística Retrieved from <http://www.dane.gov.co/files/censo2005/etnia/sys/etnias.pdf>
- De Ramón, Armando (2007). *Santiago de Chile (1541-1991): Historia de una sociedad urbana*. Santiago: Catalonia.

- De Roux, Gustavo (2011). *Los Afrocolombianos frente a los Objetivos de Desarrollo del Milenio*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Delfino, Andrea (2012). La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana: Surgimiento y actualidad. *Universitas Humanística*, 74(1), 17-34.
- Dulitzky, Ariel (2005). A region in denial: Racial discrimination and racism in Latin America. En Anani Dzidzienyo y Suzanne Oboler (Eds.), *Neither Enemies nor Friends: Latinos, Blacks, Afro-Latinos* (pp. 39-60). MacMillan.
- Escobar, Arturo (2004). Desplazamientos, desarrollo y modernidad en el Pacífico colombiano. En Eduardo Restrepo y Axel Rojas (Eds.), *Conflicto e (in)visibilidad: Retos en los estudios de la gente negra en Colombia* (pp. 53-72). Popayán: Universidad del Cauca.
- Estefane, Andrés (2004). "Un alto en el camino para saber cuántos somos...". Los censos de población y la construcción de lealtades nacionales. Chile, siglo XIX. *Historia*, 37 (1), 33-59.
- Fontana, Mauro y Caulkins, Matthew (2016). Espacios mapuche en el área metropolitana de Santiago hoy. *Planeo*, 28 (1), 1-12.
- Ghosh, Palash (2013). *Blackout: How Argentina "Eliminated" africans from its history And conscience*. International Business Times. <http://www.ibtimes.com/blackout-how-argentina-eliminated-africans-its-history-conscience-1289381>
- Gissi, Nicolás (2004). Segregación espacial mapuche en la ciudad de Santiago de Chile: ¿Negación o revitalización identitaria? *Revista de Urbanismo*, 9 (1), 141-153.
- Gonzalbo, Pilar (2013). La trampa de las castas. En Solange Alberro y Pilar Gonzalbo (Eds.), *La sociedad novohispana. Estereotipos y realidades* (pp. 15-193). México: El Colegio de México.
- Grabner, Stephan (2012). *Africans in a country "Without blacks": Challenges and accomplishments of the integration of recent african immigrants in Argentina*. http://digitalcollections.sit.edu/isp_collection/1398
- Gregorius, Arlene (2016). *Los negros de México que han sido "borrados de la historia"*. BBC Mundo. http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/04/160410_cultura_mexico_comunidad_negra_discriminacion_wbm
- Grimson, Alejandro (2008). The making of new urban borders: Neoliberalism and protest in Buenos Aires. *Antipode*, 40(4), 504-512.
- Grimson, Alejandro (2016). Racialidad, etnicidad y clase en los orígenes del peronismo, Argentina 1945. *Working Paper Series*, 93,

- 1-59. http://www.desigualdades.net/Resources/Working_Paper/WP-Grimson-Online.pdf
- Gutiérrez, Horacio (2010). Exaltación del mestizo: La invención del roto chileno. *Universum*, 25 (1), 122-139.
- Harvey, David (1973). *Social justice and the city*. Arnold.
- Hernández, Astrid (2005). *La visibilización estadística de los grupos étnicos colombianos*. Bogotá, Colombia: Departamento Administrativo Nacional de Estadística Retrieved from https://www.dane.gov.co/files/censo2005/etnia/sys/visibilidad_estadistica_etnicos.pdf
- Hernández, Marco P. (2004). *African mexicans and the discourse on modern nation*. University Press of America.
- Imilan, Walter (2017). Demandas indígenas por vivienda en Santiago de Chile. En Walter Imilan, Jorge Larenas, Gustavo Carrasco y Sandra Rivera (Eds.), *¿Hacia dónde va la vivienda en Chile? Nuevos desafíos en el hábitat residencial* (pp. 37-48). Adrede Editorial.
- INEGI (2015). *Principales resultados de la Encuesta Intercensal 2015. Estados Unidos Mexicanos*. Aguascalientes, Mexico: Instituto Nacional de Estadísticas y Geografía. http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825078966.pdf
- INEGI (2017). *Perfil sociodemográfico de la población afrodescendiente en México*. Aguascalientes, Mexico: Instituto Nacional de Estadística y Geografía. http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825090272.pdf
- Jensen, Katherine (2013). *Framing Afrodescendants in a country “donde no hay negros”*: A critical analysis of the 2010 Argentine census survey of African descent. University of Texas at Austin, Austin, TX. <https://repositories.lib.utexas.edu/bitstream/handle/2152/22437/JENSEN-THESIS-2013.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Kaminker, Sergio (2015). Descentrar el estudio de la segregación residencial: Cargas, legados y reflexiones para su estudio en ciudades intermedias de América Latina. *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, 19 (1), 1-14.
- Ko, Chisu (2014). From whiteness to diversity: crossing the racial threshold in bicentennial Argentina. *Ethnic and Racial Studies*, 37 (14), 2529-2546.
- Lefebvre, Henri (1991). *The production of space*. Blackwell.
- Linares, Santiago y Ramírez, Iván (2014). Segregación espacial de minorías étnicas: propuesta metodológica y análisis empírico de la población indígena en el área metropolitana de Pachuca (2000 y 2010). *Plaza Pública*, 7 (12), 158-179.

- López, Laura (2006). De transnacionalización y censos. Los “afrodescendientes” en Argentina. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 1 (2), 265-286.
- Loveman, Mara (2014). *National colors: Racial classification and the state in Latin America*. Oxford University Press.
- Lucero, Patricia (2003). El status étnico en la estructuración del espacio del partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires, Argentina. *GeoFocus*, 3 (1), 105-126.
- Marcuse, Peter (1997). The enclave, the citadel, and the ghetto: What has changed in the post-fordist US city. *Urban Affairs Review*, 33 (2), 228-264.
- Margarit, Daisy y Bijit, Karina (2014). Barrios y población inmigrantes: el caso de la comuna de Santiago. *Revista INVI*, 29 (81), 19-77.
- Margulis, Mario (1997). Cultura y discriminación social en la época de la globalización. *Nueva Sociedad*, 152 (1), 37-52.
- Mera, Gabriela (2014). Migración paraguaya en la Ciudad de Buenos Aires (2010): distribución espacial y pobreza. *Revista Latinoamericana de Población*, 8 (14), 57-80.
- Monkkonen, Paavo (2012). La segregación residencial en el México urbano: niveles y patrones. *EURE*, 38 (114), 125-146.
- Mörner, Magnus y Gibson, Charles (1962). Diego Muñoz Camargo and the segregation policy of the Spanish Crown. *Hispanic American Historical Review*, 42 (4), 558-568.
- Oro Negro, F. d. A. d. C. (2001). *Los afrodescendientes de Arica*. Oro Negro, Fundación de Afrodescendientes de Chile. <http://usuarios.multimania.es/oronegro/presentacion.htm>
- París, Dolores (2003). Discriminación laboral y segregación espacial en ciudades del sureste mexicano. En Alicia Castellanos (Ed.), *Imágenes del racismo en México* (pp. 143-180). Universidad Autónoma Metropolitana.
- Paschel, Tianna (2010). The right to difference: Explaining Colombia's shift from color blindness to the law of black communities. *American Journal of Sociology*, 116 (3), 729-769.
- Paschel, Tianna (2013). “The beautiful faces of my black people”: Race, ethnicity and the politics of Colombia's 2005 census. *Ethnic & Racial Studies*, 36 (10), 1544-1563.
- Paz, Claudia (2012). *Atlas sociodemográfico de los pueblos indígenas y afrodescendientes en Colombia*. http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/1264/1/S201161_es.pdf
- Quijano, Aníbal (2000). Coloniality of power and eurocentrism in Latin America. *International Sociology*, 15 (2), 215-232.

- Restrepo, Eduardo y Rojas, Axel (2004). *Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. Universidad del Cauca.
- Richards, Patricia (2016). *Racismo. El modelo chileno y el multiculturalismo neoliberal bajo la Concertación 1990-2010*. Pehuén.
- Rodríguez, Jorge (2001). Segregación residencial socioeconómica: ¿Qué es?, ¿cómo se mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa? *Serie Población y Desarrollo (CEPAL)*, 16 (1), 7-77.
- Ruiz-Tagle, Javier (2013). A theory of socio-spatial integration: Problems, policies and concepts from a US perspective. *International Journal of Urban and Regional Research*, 37 (2), 388-408.
- Sabatini, Francisco (2006). *The social spatial segregation in the cities of Latin America*. S. D. D. InterAmerican Development Bank, Social Programs Division. <https://publications.iadb.org/handle/11319/716>
- Segura, Ramiro (2012). Elementos para un crítica de la noción de segregación residencial socioeconómica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en la periferia de La Plata. *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, 2 (1), 106-133.
- Solomianski, Alejandro (2015). Argentina y negritud: desde la otredad radicalizada hacia discursos más igualitarios [Argentina and blackness: From radicalized otherness towards more egalitarian discourses]. *Cuadernos de Literatura*, 19 (38), 99-118.
- Soylu-Yalcinkaya, Nur; Estrada-Villalta, Sara y Adams, Glenn (2017). The (biological or cultural) essence of essentialism: Implications for policy support among dominant and subordinated groups. *Frontiers in Psychology*, 8(900), 1-10.
- Stang, María F. y Stefoni, Carolina (2016). La microfísica de las fronteras: Criminalización, racialización y expulsabilidad de los migrantes colombianos en Antofagasta, Chile. *Astrolabio*, 17 (1), 42-80.
- Subercaseaux, Bernardo (2007). Raza y nación: El caso de Chile. *A Contracorriente*, 5 (1), 29-63.
- Sue, Christina (2013). *Land of the cosmic race: race mixture, racism, and blackness in Mexico*. Oxford University Press.
- Sue, Christina y Golash-Boza, Tanya (2013). “It was only a joke”: How racial humour fuels colour-blind ideologies in Mexico and Peru. *Ethnic and Racial Studies*, 36 (10), 1582-1598.
- Tijoux, María E. (2013). Las escuelas de la inmigración en la ciudad de Santiago: elementos para una educación contra el racismo. *Polis*, 12 (35), 287-307.
- Urrea, Fernando y Quintín, Pedro (2000). *Segregación urbana y violencia en Cali: trayectorias de vida de jóvenes negros del distrito de Agua-blanca* Société prise en otage (Colombie), Marseilles, France. <http://>

biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/cidse-univalle/20121113043808/segregacion.pdf

- Vázquez, Héctor (2002). Procesos identitarios, “minorías” étnicas y etnicidad: los mapuches de la República Argentina. *Annis. Revue d'études des sociétés et cultures contemporaines Europe/Amérique*, 2 (1), 1-20.
- Villamizar, Sebastián (2015). Desigualdades sociales, ¿inequidades espaciales? Análisis de la segregación sociorracial en Bogotá (2005-2011). *Revista Colombiana de Sociología*, 38 (2), 67-92.
- Villarreal, Andrés (2010). Stratification by Skin Color in Contemporary Mexico. *American Sociological Review*, 75 (5), 652-678.
- Vivas, Harvy (2013). Persistence of the Residential Segregation and Composition of the Human Capital for Neighborhoods in the City of Cali. *Ensayos sobre Política Económica*, 31 (70), 121-155.
- Wacquant, Loïc (2008). *Urban outcasts: A comparative sociology of advanced marginality*. Polity Press.
- Wacquant, Loïc (2012). A Janus-faced institution of ethnoracial closure: A sociological specification of the ghetto. En Ray Hutchison y Bruce Haynes (Eds.), *The Ghetto: Contemporary global issues and controversies* (pp. 1-32). Westview Press.
- Wade, Peter (2010). *Race and ethnicity in Latin America*. Pluto Press.
- Wade, Peter (2013). Racismo, democracia racial, mestizaje y relaciones de sexo/género. *Tabula Rasa*, 18 (1), 45-74.
- Waldman, Gilda (2004). Chile: Indígenas y mestizos negados. *Política y Cultura*, 21 (1), 97-110.
- Wallerstein, Immanuel (1991). The ideological tensions of capitalism: Universalism versus racism and sexism. En Étienne Balibar & Immanuel Wallerstein (Eds.), *Race, nation, class: Ambiguous identities* (pp. 29-36). Verso.
- Williams, Fatimah (2013). Afro-Colombians and the cosmopolitan city: New negotiations of race and space in Bogotá, Colombia. *Latin American Perspectives*, 40 (2), 105-117.